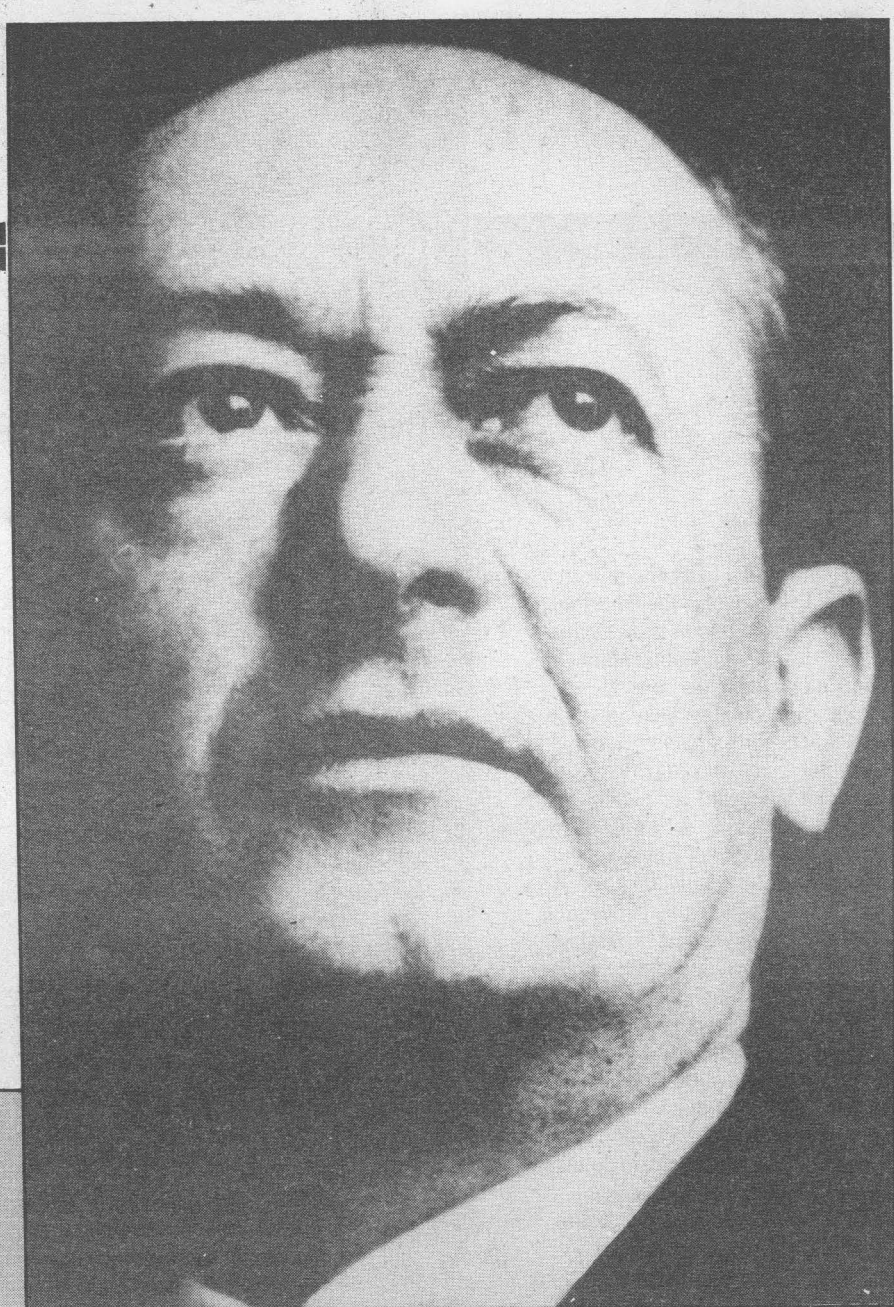


RETRATO
HABLADO

DE LOS PERSONAJES
DE LA
CULTURA CHILENA

Por Claudio Solar



JOSE SANTOS GONZALEZ VERA:

UNA SONRISA LITERARIA

Las obras completas de González Vera caben en un cuaderno de composición, expresó despectivamente Luis Durand y tenía razón. El autor de "Vidas Mínimas", -todo en pequeño- puso en la segunda edición de "Alhué", este acápite: "Edición corregida y disminuida", tal vez pensando en Gracián: "Lo bueno, si breve, dos veces bueno". Bien pudo haber agregado González Vera, "lo malo, si breve, menos malo". En un país donde lo común era publicar novelas de 300 páginas, a la manera de las novelas europeas del siglo XIX, este escritor dotado de fino humor nacido en El Monte, constituyó una rareza. Esto le obligó a editar, tan pronto recibió el Premio Nacional (1950, fue el noveno en la lista), un libro de memorias que superó las doscientas páginas: "Cuando era muchacho" (1951). En él revela su infancia modesta y confiesa que "Vidas Mínimas" tuvo que venderla en la feria-mercado de Valparaíso, junto a las lechugas y repollos. Del libro, se vendieron veinte ejemplares en dos años. Tampoco la vida de González Vera en Valparaíso fue muy feliz. Trabajando como cobrador de los tranvías eléctricos entre el puerto y Viña del Mar, las señoras encopetadas se negaban a pagar su pasaje porque no



José Santos González Vera: elegancia y brevedad. Lo opuesto a la tendencia barroca del criollismo chileno. Fue una "isla literaria". Vivió con el mismo callado humor que supo escribir.

tenían sencillo a mano. Un día, se bajó del "carro" y se fue a vagabundear por el mundo, aburrido de todo esto.

APRENDIZ DE VIDA

José Santos González Vera nació en San Francisco del Monte, el 17 de septiembre de 1897. Su padre fue alfabetizador de los antiguos carabineros rurales y llegó a ser comandante de policía en Tilttil. Era andariego y de carácter amistoso, autor de relatos patrióticos. José Santos lo recuerda con su estampa seria, inmutable, con una curiosa cualidad: sabía caminar por el polvo del pueblo rural sin ensuciarse los zapatos... Su carácter andariego nos recuerda a Jerónimo Godoy, el padre de Gabriela Mistral.

Su madre lo crió en Talagante y este pueblo es el retratado en "Alhué" con sus pintorescos personajes, como "Aliste, el Sepulturero", "cuyo oficio era enterrar a los que voluntariamente o inadvertidamente morían". Era de "variada conversación", que se batía sólo con dos palabras. "Ah, ¡sí!", que podía ser también "¡Así!", "Así, así", o "Así es"...

Estudió en el Liceo Valentín Letelier de Santiago y lo expulsaron estando en primer año por no asistir a clases de caligrafía, canto o gimnasia. Ya en la



Gabriela Mistral. Una honda y simpática amistad le unió a pesar del carácter fuerte, seco y franco de la poetisa; y de modo reposado e ingenioso del autor de "Alhué".

Pablo De Rokha (con Winett, su esposa). Al autor de "Morfología del Espanto", de poesía de elocuencia gigante, nunca le pudo agradar la prosa del que llenaba apenas "un cuaderno de colegial".



"Cuando era muchacho" mostró el sorprendente recorrido de vida de J. Santos González Vera: Una obra amena y vital que le reconcilió con los que habían criticado su Premio Nacional dado a "un escritor con gusto a poco".

calle, el padre le dijo "ahora, trabajarás". Y lo dejó en la calle para que él tomara sus propias decisiones. Desempeñó diversos oficios como aprendiz de pintor, anticuario y peluquero; lustrador, oficial de zapatero, vendedor de revistas y escritor. Fundó su propia revista, "La Pluma" y luego, "Numen". Posteriormente se vinculó a la vida de sus amigos universitarios, como Domingo Gómez Rojas, muerto trágicamente en prisión. Fue a Temuco, donde estrechó una larga amistad con Gabriela Mistral. En Valdivia fue periodista. Finalmente, obtiene un cargo en la Universidad hasta llegar a ocupar un puesto que sirvió con notoria dignidad: Secretario de la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual, entidad ocupada de las becas en instituciones internacionales. Cuando se le otorga el Premio Nacional, sorprende a muchos por la brevedad de su obra. Pero la crítica fue originalidad, "algo único y diferente en la Literatura Chilena, ajeno a influencias extranjeras".

VIDAS MINIMAS

Cabría preguntarse, ¿qué es un humorista? Un hombre que mira la vida con indiferencia, que la ve sin sentir sus tentaciones ni bajezas, sino a través del cristal de su ironía. Nos ve como somos y no como creemos ser. El humorista es un hombre enfriado. Cuando las cosas se dicen con muchas palabras, adquieren pomposidad, sonoridad, importancia. Cuando se eligen las palabras y se sintetiza, queda al descubierto el esqueleto y la realidad. No da risa. Pero sonreímos ante el esqueleto que debe comer el gato cuando le hemos visto desear un pescado entero. González Vera hablaba en voz baja, sentía hondo, escribía breve y era "un hombre enfriado".

"Vidas Mínimas" (dos novelas breves, "Una Mujer" y "El Conventillo") si bien es cierto demoró más de dos años en agotar sus 200 ejemplares, lleva unas diez ediciones. Enrique Espinosa comentó elogiosamente esta segunda novela: "La tísica sin remedio, el pescadero borrachín, la mayordoma verbosa, el coleccionista de desperdicios, le merecen páginas de honda penetración psicológica y fino humorismo. Una fresca muchacha que toca el arpa y canta en el patio, donde algún domingo se baila y se bebe de lo lindo, lo atrae y repele de tal modo que, bien mirado, resulta "El Conventillo" un humilde romance proletario. Es sin duda, el primero y más perfecto de la literatura chilena contemporánea". A estos personajes, se agregan elementos autobiográficos.

A estas novelas siguieron relatos breves y ensayos, como Eutrapelia, "honesta recreación", en que hace alcances sobre el discutible arte de escribir. En "El conferenciante", anota: "En Chile, rara es la persona que no

desea contribuir al bienestar humano como conferenciante. Hasta los hombres más acaudalados prefieren esta forma de beneficencia". De lo que se deduce que casi todos somos en este país un grupo inmenso de charlatanes...

"Algunos" es una recopilación de retratos de escritores, tal como él los vio o los admiró, como Federico Gana, Augusto D'Halmar, Jorge González Bastías, Mariano Latorre y Gabriela Mistral. De esta última, recuerda la anécdota de la palomita. Una vez que visitó, en compañía de otros escritores, a la poetisa, ésta pidió a su secretaria y acompañante que "sirviese cualquier cosa". En este sentido, la escritora poseía una deliciosa irresponsabilidad: se dejaba querer y atender. Siempre vivió con bastante modestia de medios. En aquella oportunidad, no había nada. La secretaria sacrificó a una palomita que Gabriela alimentaba, a diario en su ventana, con migas de pan. Al día siguiente, al notar la ausencia de su regalona, se informó del infausto sacrificio. Su único comentario fue "¡criminal!"

En "La Copia y otros originales" continúa su línea de sutil ingenio. Un arrendatario solicita al propietario de la casa que le arregle el techo pues las goteras no le dejan en paz y las lluvias crecen. El propietario promete, pero no cumple. Finalmente, el arrendatario comienza a escribirle cartas con su solicitud. Para evitarse trabajo, le saca copias. Cada día envía una nueva. El dueño de la casa se encoge de hombros

al principio, sin darle importancia; pero a medida que pasan los días, comienza a ponerse nervioso, presintiendo el momento en que el cartero golpeará la puerta para entregar la carta de cada día. Hasta que no resiste más y se declara vencido, solicitando el cese definitivo de las misivas. El cumplirá ese mismo día. El arrendatario se excusa: "la carta de este día ya ha sido depositada en el Correo, pero será la última".

EL PREMIO NACIONAL

Cuando obtuvo el Premio Nacional, su impresión fue también breve: "Ahora, tendré editor para mis obras". Con esto señaló una de las pocas efectivas consecuencias del Premio Nacional. En el caso de él, no significó un gran número de lectores, porque siempre lo siguió una elite bastante menuda. Cuando publicó "Cuando era Muchacho", al año siguiente de su Premio Nacional, como una especie de compensación a su magro volumen de creación literaria, fue motivo de varias entrevistas. Es la obra más larga -fruto de cinco años de trabajo- que, como "Aprendiz de Hombre" (Antología, 1960), recoge instantes autobiográficos. Fue un éxito de ventas.

Dijo "me siento como al comienzo, con la misma timidez que cuando publiqué mi primer "folletito". Acaso con mayor prudencia al escribir, aunque no dependa de uno dar en el clavo. ¿Las críticas de los que no gustan de mi obra? Soy partidario de la más

absoluta libertad. Cuando uno publica algo, queda sometido al juicio público. los opinantes deben expresar sus juicios con completa independencia. Si se les pasa la mano y la pluma gotea con algunos insultos, me imagino que a la larga éstos vuelven a perturbar la conciencia de los maldicientes".

Entre las críticas más duras que recibió se cuenta la de Pablo de Rokha, quien opinó sobre el escritor: "Es un fotógrafo de plaza de provincia". Pese a la dureza de la intención, es una definición acertada. Recordamos a Jack London que dijo "pinta tu aldea y serás universal".

"Cuando era Muchacho", evoca a su madre con ternura, creando una sencilla estampa con la atmósfera de la modestia hogareña: "A pesar de sus muchos afanes -cocinar, lavar y coser para un buen número de mujeres-, leía con avidez. Mi madre me enseñó las primeras letras. Oscilaba entre la severidad y la alegría.

González Vera entregó, con su lenguaje depurado, sencillo, elegante sin altisonancias, un trasfondo de humanidad; dio valor a los personajes sencillos porque son ellos los que forman y pueblan el mundo. Repartió su amistad así, como al morir, quiso repartir sus cenizas a la tierra de la que siempre formó parte. Pidió que cremaran sus restos y que sus cenizas fueran esparcidas en algún jardín de Santiago. El está allí, en el aire, latiente entre las hojas y el polvo inquieto de la gran ciudad. ☐